

---

### 3. La muerte

---

El hombre es un ser-para-la-muerte. Cualquiera que reflexión tiene conciencia de ello: desde el nacimiento va hacia la muerte. El cristiano se sabe, además, «llamado a la comunión con el Hijo» (1 Cor 1, 9), es un ser hecho a la vez para la muerte y para Cristo, para una muerte que le introduce en la comunión con Cristo.

Aparentemente el hombre no es más que esto: un ser-para-la-muerte. Busca realizarse, día a día, para terminar en su anonadamiento. Se tejen lazos de amistad que le dan la alegría de vivir y de hacer vivir, pero para ser rotos por la muerte. Todo el hombre está sometido a esta ley: no sólo en su cuerpo caduco, sino en todo su ser: «Eres polvo y al polvo volverás» (Gén 3, 19).

Si no hubiera en él un más-allá de las apariencias, si no fuera más que lo que parece, el hombre perecería completamente. Semejante muerte sería no sólo la firma de su finitud sino también la evidencia del absurdo de su existencia. ¿No es absurdo nacer para perecer? «Sin Jesucristo (la muerte) es horrible, es detestable y es el horror de la naturaleza»<sup>1</sup>.

1. B. Pascal, *Carta a M. y Mme. Périer*, en *Obras*, Madrid 1981, 308-309.

Dios no quiere esta muerte absurda. Destructora, increadora, ella no es la actuación de Dios Padre y creador: «Dios creó al hombre incorruptible... por envidia del diablo entró la muerte en el mundo» (Sab 2, 23s)<sup>2</sup>, «este fue un asesino del hombre desde el principio» (Jn 8, 44) que odia la creación. La muerte verdaderamente mortal la sufren sólo «los que pertenecen al diablo» (Sab 2, 24). San Pablo dice en el mismo sentido que una muerte así es fruto del pecado (Rom 5, 12). Es una condenación —*tendrás que morir* (Gén 2, 17)— para quien se condena. Es el fin de la vida para el que se desgaja del Dios de la vida y se separa de la vida eterna cuya semilla Dios ha sembrado en él: «Dios no hizo la muerte» (Sab 1, 13) para destruir al hombre.

Por trágica que sea, la muerte es, según el designio creador, el extremo opuesto de lo que parece. Porque Dios crea en cuanto padre en relación a su Hijo<sup>3</sup>, entra con su criatura en alianza de paternidad y de filiación. Si quiere, en cuanto padre del hombre, que éste sea mortal, que nazca para morir, esta muerte debe estar al servicio de la vida. Porque un padre no engendra para matar sino para hacer vivir. Por eso la esperanza del justo está *llena de inmortalidad* hasta en la muerte<sup>4</sup>.

2. En contradicción total con su propio ser de criatura, Satán es el enemigo de la creación, *mentiroso y padre de la mentira, asesino del hombre* (Jn 8, 44).

3. Jn 1, 3; Col 1, 15-17.

4. No conviene decir que los hombres están condenados a morir por el pecado de Adán, sin el cual no conocerían la muerte. Esto sería hacer de Gén 2, 17 una lectura literalista que desconoce la naturaleza de este pasaje. Si Gén 2, 17 significara que Adán no llegó a ser mortal hasta que pecó, habría que admitir también que la serpiente, condenada a reptar después de haber tentado a Eva, tenía entonces patas, ¡luego no era una serpiente!

Según el libro de la Sabiduría, «Dios no hizo la muerte» (1, 13), «por la envidia del diablo entró en el mundo» (2, 24). Para este Dios de vivos

La muerte es, por una parte, la expresión de la finitud del hombre, la vuelta al punto cero de donde Dios le saca. Ella le conduce así a su verdad desnuda de criatura, que no es nada por sí misma. Pero su verdad es ser una criatura *filial*, con la que Dios está ligado en una alianza eterna. El hombre ha entrado en la existencia sin saberlo ni quererlo: la muerte le conduce al punto primero del paso de la nada al ser, pero con la gracia de poder consentir libremente a su creación, en la que Dios le conduce a la plenitud humana. Tal es la grandeza de la muerte: por ella el hombre puede alcanzar su suprema verdad de criatura filial que consiente a su Dios y Padre. Ella es el instante extremo de su debilidad y la participación posible en su plena creación. Grandeza trágica por

(1, 13s), la muerte misma está llena de inmortalidad para los justos (3, 2-4), no tiene para ellos más que las apariencias de la muerte. La muerte que entró en el mundo por la envidia del diablo, no la sufren más que aquellos que se ponen de su parte (2, 24).

Cuando san Pablo ve en la muerte la consecuencia del pecado, se trata de la muerte del hombre en cuanto pecador. Si Rom 5, 12 significara que el hombre no es mortal más que a consecuencia del pecado, ¿podría decir Pablo que «no hay condenación para aquellos que son de Cristo Jesús» (Rom 8, 2), «que Cristo da a la humanidad más que lo que Adán le quitó» (Rom 5, 15-19)? ¿Cómo tantos santos, empezando por Pablo, Ignacio de Antioquía, Cipriano... habrían podido desear la muerte como una gracia suprema? La Iglesia ¿podría celebrar la muerte de los fieles como el día de su nacimiento?

Hace falta distinguir en la muerte el aspecto biológico que según Eclo 41, 1-4 corresponde al designio del Creador, y la muerte del pecador que, por su pecado se excluye de la vida eterna. Para él, la muerte es verdaderamente mortal.

Una lectura literalista de Gén 2, 17 no sólo es errónea, sino ultrajante para Dios. Se llama «crimen contra la humanidad» la muerte infligida a los hombres en razón de su nacimiento (por ejemplo por haber nacido judíos). ¡Y he aquí que Dios castigaría con la muerte a los hombres por haber nacido hombres, hijos de Adán! Es urgente borrar de las consideraciones sobre el pecado original, todo lo que empañe la imagen del Dios de Jesucristo.

la que el hombre podría rechazar a Dios y condenarse a una muerte eterna. Jesús ha muerto para asumir con todo el peso de su muerte filial, la de todos los hombres, para que ésta corresponda a la voluntad del Creador y sea para todos la entrada en la plenitud eterna.

### *La muerte de Jesús*

Jesús revela el sentido de la muerte. Hombre mortal, él también nacido para morir. La voluntad de Dios con respecto a él era, evidentemente, paternal. Dios quiso conducirlo, a través de la muerte, «a su perfección»<sup>5</sup>, es decir, a la plenitud de vida filial, en la que él es el salvador de los hombres. Ella es la culminación de su misterio de hombre Hijo de Dios salvador<sup>6</sup>.

La perfección del Hijo está en recibirse enteramente del Padre; está en el consentimiento pleno al Padre que lo en-

5. Heb 2, 10; 5, 9; 7, 28.

6. Es una teología antiguamente corriente, no del todo superada, según la cual la voluntad de Dios sobre Jesús no era la de un padre sino la de un Dios-justicia que reclama una reparación infinita por la ofensa infligida por los hombres a su santidad. Según esta teoría, Jesús no se consideraba como el Hijo, sino solamente como un hombre-Dios capaz de aportar, en razón de su divinidad, la reparación infinita. En cuanto al Espíritu santo: no tenía ningún papel. Una teología así es no sólo deficiente sino poco cristiana, pues no es trinitaria.

Según esta teoría, la muerte es un precio pagado para satisfacer a la justicia divina: no tiene sentido para Jesús en su propio misterio; no es para él el camino de su realización personal, del que se ha dicho: «¿No era necesario que Cristo sufriera para entrar así en su gloria?» (Lc 24, 26). La muerte se ve solamente bajo el ángulo del pecado de los hombres, y no a la luz del misterio de la encarnación que se va realizando hasta en la muerte. No aclara el sentido de la muerte de los hombres; simplemente contribuye a hacer pensar que no es más que el castigo del pecado.

gendra. En la obediencia hasta la muerte (Flp 2, 8), Jesús acepta no existir sino por el Padre en el que se abandona. Pasa de la existencia terrestre a otra totalmente filial en la que, recibiendo totalmente de su Padre, vive hasta en su cuerpo únicamente del Padre que le resucita.

La perfección del Hijo, que está en ser enteramente *hacia Dios* (Jn 1, 1-18), se realiza en su morir hacia el Padre. La muerte es «el paso de este mundo al Padre» (cf. Jn 13, 1), esta es la cima de la subida en la que el Hijo reencuentra al Padre: es la cumbre de la filialidad.

La filialidad es perfecta cuando el Hijo se parece en todo a su Padre (cf. Heb 1, 3). Por el don de su vida (Jn 15, 13), Jesús llega a ser semejante a su Padre que es amor (1 Jn 4, 8); llega a ser su imagen enteramente semejante: «Quien me ha visto a mí ha visto al Padre» (Jn 14, 9).

La perfección de Jesús consiste en ser «aquel que el Padre... ha enviado al mundo» (Jn 10, 36), el Hijo plenamente hombre. Por su muerte, Jesús alcanza el fin último del envío en la condición humana, en la profundidad última de la encarnación.

En la muerte, «todo está cumplido» (Jn 19, 30), en Jesús y en su obra. Ha llegado con todo su ser a su propia fuente donde nace del Padre: «Dios lo resucitó como está escrito en el salmo 2: 'Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy'» (Hech 13, 33).

Jesús no saldrá nunca del misterio de su propia muerte en la que el Padre le resucita, no sobrepasará nunca esta cima, no se elevará nunca más allá de la profundidad de la encarnación<sup>7</sup>. La glorificación no lo arranca a lo que hace

7. La muerte como realidad biológica que el hombre comparte con las plantas y los animales, está evidentemente superada. Es eternizada en tanto que realidad humana, personal. La permanencia de la muerte en Jesús, en tanto que realidad personal, es un aspecto importante del misterio pascual. Ya he hablado de ella en la mayor parte de mis libros.

su gloria de hombre Hijo de Dios, es decir, a su muerte. La plenitud de la divinidad que le colma ya desde ahora hasta en su cuerpo (cf. Col 2, 9), le mantiene para siempre en la acogida dada a esta plenitud, en el consentimiento supremo a su Padre, es decir, en la muerte. Es ahí, en su morir hacia el Padre que él es el Verbo plenamente encarnado en su movimiento hacia el Padre. Según Juan, Jesús es exaltado a los cielos por su elevación en la cruz (Jn 12, 32s); ésta es el trono eterno de su gloria. El cordero pascual está a la vez en pie e inmolado (Ap 5, 6).

Muerte y resurrección forman un único misterio, eterno, del que la eucaristía es su ilustración. En ella Jesús se da en su cuerpo a la vez «entregado» y resucitado.

*Cristo: nuestra víctima pascual* (1 Cor 5, 7), glorificado para siempre en la muerte, ilumina la noche de muerte que pesa sobre la humanidad. La gloria pascual es el otro aspecto de la muerte de Jesús, el himno que canta su sentido. «En Cristo y por Cristo se esclarece el misterio del sufrimiento y de la muerte que, fuera de su evangelio, nos destruye»<sup>8</sup>. Jesús en su muerte glorificante revela el sentido de la muerte tal como figura en el designio creador, porque Dios crea todo en Cristo y hacia él. La muerte es a la vez lo que parece y su contrario: para el hombre como para Cristo, es el instante en que puede realizarse el misterio de su divina vocación filial.

La muerte de Jesús fue, sin embargo, infinitamente trágica, acompañada de «grandes gritos y lágrimas» (Heb 5, 7). La tragedia de la cruz ¿no es un desmentido a todo lo que se acaba de afirmar sobre el sentido filial de la muerte, la

Si Cristo no viviera siempre en la actualidad de su muerte glorificante, no sería la cabeza de una Iglesia sometida a la ley de la muerte y que para reunirse con él en su resurrección debe poder morir en comunión de muerte con él.

8. *Gaudium et spes*, 22, 6.

de Jesús y la de los hombres? Lejos de estar al servicio de la divina filiación, la muerte en la cruz parece contradecirla. En Jesús y en los hombres, la muerte no parece ser más que la consecuencia del pecado, una pena infligida a la humanidad pecadora, que Cristo habría tomado sobre sí.

Se dice con frecuencia: «Cargando con los pecados del mundo, sin los cuales no habría tenido que sufrir ni que morir, fue triturado bajo este peso. Siendo él inocente se hizo culpable en favor de los otros, chivo expiatorio de la humanidad, fue arrojado a las tinieblas, frente al Dios de la santidad, pagando así el precio de los pecados».

En una tal visión de las cosas, la muerte no es la pascua del Hijo que va al Padre (Jn 13, 1), tampoco es su exaltación sobre la tierra (Jn 12, 32) junto al Padre (Jn 17, 1-3), ni es su entrada en la gloria (Lc 24, 26): no muere más que en razón de los pecados de los otros y en lugar de los otros; su muerte no forma parte del misterio personal de Jesús, no es su culminación, no es pues verdaderamente humana, ya que es en todo hombre la realización de su destino. Por tanto, no se presenta como la imagen ofrecida a los hombres, ciertamente trágica pero también luminosa, en la que se aprende que la muerte humana es, para el hombre de buena voluntad, algo distinto a un castigo: el momento pascual, el instante supremo de la gracia filial ofrecida al hombre.

La muerte de Jesús no fue un precio pagado a Dios<sup>9</sup>, una pena sufrida por los pecados de los hombres, una realidad exterior a su persona: es ante todo el cumplimiento de su propio destino filial en favor de los hombres. Su carácter trágico no le viene ante todo de la magnitud del pecado del mundo, sino de la infinita santidad filial a la que Jesús debe

9. La Escritura dice que hemos sido *rescatados a un gran precio* (1 Cor 6, 20; 7, 23). Pero es el Padre quien paga este precio, quien se implica en un gran derroche en favor de los hombres. Jamás se dijo que Jesús debió pagar un precio a su Padre.

consentir y abrirse, y en la que podrán ser expiados, es decir, purificados, todos los pecados del mundo<sup>10</sup>. Si se dice en 1 Pe 2, 24 que él «cargado con nuestros pecados subió al leño», no fue cargando la culpabilidad y sufriendo su castigo; sino tomando sobre sí a la humanidad pecadora para «sanarla con sus heridas» (1 Pe 2, 24) por la santidad infinita a la que se debía abrir, a fin de asumir a la humanidad pecadora en su santidad: «Aprendió, sufriendo, a obedecer (la acogida dada a la santidad de Dios), y llevado a la consumación (glorificado) se ha convertido para todos los que le obedecen en autor de salvación eterna» (Heb 5, 8-9).

Jesús es el Hijo muy-amado, la Escritura no cesa de repetirlo<sup>11</sup>. El Padre no lo rechazó en ningún momento, y mucho menos en el instante de la muerte, en el que, «en virtud del Espíritu eterno» (Heb 9, 14), Jesús se eleva a la obediencia suprema<sup>12</sup>, a la plenitud del amor (Jn 15, 13); donde el Inocente, perseguido y reducido a la pobreza extrema, no tiene otro recurso que su Dios, padre de los pobres y de los perseguidos. Dios no hace como si el Inocente fuera culpable de los pecados del mundo. No actúa jamás como si. Jesús es *el Santo de Dios*<sup>13</sup>, el Cordero celeste del que san

10. En las lenguas modernas la noción de expiación se confunde con la de castigo: una falta es expiada cuando el culpable sufre las penas apropiadas. En la Escritura (y en general antiguamente) expiar significa sobre todo purificar, santificar, consagrar de nuevo a Dios lo que el pecado había profanado. Es por tanto la santidad de Dios la que expía el pecado. Es así que «tenemos un sumo-sacerdote misericordioso y fiel que expía los pecados del pueblo» (Heb 2, 17) consagrandolo al pueblo en la santidad.

Cf. Stanislas Lyonnet, *Expiation*, en *Voc. de Théologie biblique*, 426. Me permito remitir a mi libro: *Nuestro Padre, Dios en su misterio*, Salamanca<sup>2</sup>1992.

11. Mt 3, 17; 17, 5; Jn 1, 18; 3, 35; 5, 20; Col 1, 13 y *passim*.

12. Jn 14, 31; Rom 5, 19; Flp 2, 8.

13. Mc 1, 24; Lc 1, 35; 4, 34; Jn 6, 69; Hech 3, 4; 4, 27; Ap 3, 7.

Juan no dice que «carga» sino que quita «el pecado del mundo» (Jn 1, 29)<sup>14</sup>. Lo quita por su santidad. Solidario de la humanidad pecadora, lo es, no en razón del pecado, «él que no conoció el pecado» (2 Cor 5, 21), sino por su santidad de Hijo engendrado en este mundo que ha sido «creado en él» (Col 1, 16): es consustancial con la humanidad, Hijo de Dios para todos en la caridad del Espíritu santo. Muere de este mundo hacia el Padre, para tomar a todos los hombres en su debilidad y en su muerte y hacerles pasar con él de este mundo a Dios.

Una vez más, no es, ante todo, la grandeza del pecado, sino la del Hijo encarnado para la salvación del mundo pecador la que explica la muerte tan dolorosamente grandiosa. Es trágica, inmensa, porque es divina tanto como humana. En ella se despliega en totalidad el misterio del Padre que engendra a este hombre, el misterio de un hombre, Hijo de Dios, que acoge, consintiendo en ella por su libertad, la plenitud de este engendramiento. La muerte de Jesús tiene su medida en lo infinito de la gloria filial en la que debe entrar: «¿No era necesario que el Mesías padeciera esto para entrar en su gloria?» (Lc 24, 26). *Es una muerte infinita, en la que todos los hombres podrán morir con él.*

Ha sabido morir así porque llevaba en sí el principio de una acogida infinita: es el Hijo que ha podido ir de este

14. Esta es la traducción exacta de Jn 1, 29. El celeste *Cordero de Dios* quita los pecados por su santidad, lo mismo que según san Juan, Jesús disipa las tinieblas, porque es *la luz del mundo*. Ciertamente, «Cristo ha cargado en su cuerpo con nuestros pecados», como dice 1 Pe 2, 24, evocando Is 53, 10; pero los textos del antiguo testamento citados en el nuevo se tienen que interpretar por el contexto del nuevo. Los otros textos sobre los que se apoya para hablar de un rechazo de Jesús por su Padre, pueden (como Mc 15, 35 y 2 Cor 5, 21) o deben (como en Gál 3, 13) ser interpretados de otra manera. No se les puede interpretar en contradicción con los textos que afirman el indefectible amor de Dios para con *el Hijo muy-amado*.

mundo al Padre. La grandeza de tal muerte no se mide por la de los pecados de los hombres, de los que ninguno, ni su conjunto, es infinito; sino por la gloria en la que Cristo debía entrar para destruir la multitud de los pecados.

Esta muerte fue necesariamente trágica. ¿Podría un hombre recoger el océano en el cuenco de su mano? Pues bien, es todavía mayor la desproporción entre el hombre y Dios. Jesús debió consentir, en sus estrechos límites humanos, a la plenitud de Dios que vino a habitar corporalmente en él (cf. Col 2, 9). Para abrirse a este océano, ¿qué tensiones, en todos los sentidos, debió sufrir, hasta qué profundidad debió dejarse sondear? «Aprendió, sufriendo, a obedecer (el consentimiento, la acogida). Y llevado a la consumación, se ha convertido para todos los que le obedecen en autor de salvación eterna...» (Heb 5, 8s).

Condenado por los sumos sacerdotes y por Pilato, *el Hijo muy-amado* no fue condenado por su Padre, que lo «salvó de la muerte» (cf. Heb 5, 7)<sup>15</sup>. Para él su muerte no fue un final absurdo más que a los ojos de sus adversarios: *Jesús murió engendrado y salvador. En su muerte, revela el sentido de la muerte*, tal como figura en el plan creador, que es un plan de creación y no tiene nada de negativo.

Desde los orígenes, según san Ireneo, el Verbo de Dios «se encontraba impreso bajo la forma de cruz en la creación»<sup>16</sup>, signo, no ya de maldición sino prueba de que el hombre es mortal en vistas a nacer hijo de Dios. En ninguna parte como en la muerte, es tan flagrante la diferencia entre el más-acá y el más-allá, entre el hombre en su visibilidad y en su misterio.

15. En los Hechos de los apóstoles, Pedro definió claramente el papel de los hombres y el de Dios en la muerte de Jesús: los primeros condenan, Dios glorifica: (2, 23s.36; 3, 14s; 4, 10).

16. *Adv. Haer.* V, 18, 3.

## *Jesús, mediador de una muerte filial*

Jesús murió por todos: a los hombres que nacen para morir, les hace vencer junto con él, a una muerte que es el nacimiento a la eterna vida filial.

Por ellos mismos no lo lograrían. Reducido, en la muerte, al punto cero de mi ser, ¿podría atravesar yo la distancia que me separa de una existencia de plenitud? Sería necesario que en este instante, dondequiera que yo hubiera llegado, el Creador me retomara por entero. No siendo ya nada por mí mismo, no pudiendo nada, no sabría ni abrirme a su acción creadora. Tanto menos si, a menudo durante mi vida, hubiera opuesto mi rechazo a su paternidad. Así pues, Jesús mi salvador, ¡tómame en ti, en tu morir hacia el Padre!

Jesús «murió y resucitó por nosotros» (2 Cor 5, 15), para salvarnos de una muerte destructora, haciendo de ella una entrada en la vida filial. El dijo: «Yo soy la puerta» del redil (Jn 10, 7). El dijo: «Yo soy el camino... nadie va al Padre sino por mí» (Jn 14, 6). Ya en el bautismo, ha venido al encuentro del hombre —«hemos sido bautizados en Cristo Jesús»<sup>17</sup>— introduciéndole en su muerte glorificante<sup>18</sup>. Lo mismo en la vida cotidiana, «la muerte (de Jesús) está actuando en nosotros» (2 Cor 4, 10.12). Según esto, es el momento de ponerse en camino por las buenas, en esta ruta, y de pasar por esta puerta: ¡he aquí la muerte! El es fiel, aquel cuya misión es encontrar al hombre, ser «el que viene» (Mt 11, 3) y el que hace pasar de este mundo al Padre.

Viene al encuentro «haciendo venir a él»<sup>19</sup>. No abandona su misterio de muerte y resurrección, encuentra atrayendo

17. Rom 6, 3; Gál 3, 27. *Bautizados en un solo cuerpo*, el de Cristo (1 Cor 12, 13-27).

18. Rom 6, 3-10; Col 2, 11s.

19. Cf. *supra*, 21s.

hacia sí. Así es como ha venido durante la vida terrestre del hombre: «Habéis sido llamados a la comunión de su Hijo» en su día (1 Cor 1, 9). Los fieles son «santos por vocación»<sup>20</sup>. De pie en la ribera de la eternidad, como en la mañana de la pesca milagrosa (Jn 21), Jesús viene al encuentro del moribundo atrayéndole hacia sí. «Para mí es bueno morir hacia Cristo Jesús»<sup>21</sup>.

La muerte física tiene causas físicas; pero en tanto que es una realidad personal que concierne al hombre en su profundidad, su causa es Cristo. Es él el que hace pasar de este mundo al Padre, llamando a sí: «Si creemos que Jesús ha muerto y resucitado, del mismo modo, a los que han muerto en Jesús, Dios los llevará con él» (1 Tes 4, 14)<sup>22</sup>. Jesús hace dormir al hombre en la muerte y lo despierta a la vida: «Dichosos los que mueren en el Señor» (Ap 14, 13), aquellos que Cristo adormece en su muerte filial.

«¿Por qué tendría miedo de alguien a quien tanto amo?», se preguntaba Teresa de Lisieux<sup>23</sup>. Se puede tener miedo de lo que precede pero no del instante de la muerte, a no ser que no se ame al Señor: «¿Es que amamos al Señor cuando dudamos de su venida»<sup>24</sup>?». Como a Pedro que se arriesga fuera de la barca, con peligro de su vida, Jesús dice al hombre que sale de este mundo: «¡No tengas miedo, soy yo!»». Tiende la mano, atrae hacia él (cf. Mt 14, 27-31).

20. Rom 1, 7; 1 Cor 1, 2.

21. San Ignacio de Antioquía, *Rom* 6, 1.

22. Sin embargo esta traducción no es segura. Se podría puntuar el texto de otra manera: «A los que han muerto, por Jesús Dios los llevará en él». Con la Biblia de Jerusalén, la traducción de Osty, el comentario de B. Rigaux, creo un deber dar preferencia a la traducción realizada más arriba.

23. Santa Teresa de Lisieux, *Derniers entretiens*, en *Oeuvres complètes*, Paris 1992, 1026.

24. San Agustín, *En. in Ps 95, 14*: CCL 39, 1353.

¿Cómo atrae a sí? La parusía (la venida de Cristo) es epifánica: viene llamando, *llama revelándose*<sup>25</sup>. ¿De qué forma se revela? ¿quién sabría decirlo? Pero es muy cierto que atrae: con la luz de su parusía.

Cristo viene al encuentro como salvador. Viene en el instante de la realización de la salvación: en su muerte en la que es glorificado. Al término de su existencia, el hombre es encontrado por el Señor al término de la suya: *un encuentro de las dos partes en la muerte*, para que el hombre no sea más que uno con Cristo en su morir hacia el Padre.

Aparentemente, el hombre muere solo: nadie, ni el amigo más íntimo puede morir con él. Pero sin embargo le es concedida la gracia de la intimidad más inconcebible, la de un mismo morir con su Señor. «Es doctrina segura: si morimos con él, también viviremos con él» (2 Tim 2, 11).

Morir-con, en una comunión de muerte con Cristo. El cristiano comienza a aprenderlo desde el bautismo, en el que llega a ser un mismo ser con él, al compartir su muerte<sup>26</sup>. Celebra la eucaristía, viático de la buena muerte, y llega a ser un mismo cuerpo (1 Cor 10, 17) con aquel que le es dado como «cuerpo entregado». Durante toda la vida, «la muerte (de Jesús) hace su obra en nosotros» (2 Cor 4, 12). El cristiano se prepara así a la comunión suprema, en la que se abismará en la muerte infinita de Cristo.

¿Es posible morir la muerte de otro, la de Jesús? La muerte para cada uno es personal, la de Jesús le es personal. La muerte naturalmente no se puede compartir. Pero Jesús es un hombre Hijo de Dios, su muerte es divina, inmensa, un río universal capaz de arrastrar hacia Dios a todos los seres-para-la-muerte, que son los hombres. El morir de Jesús

25. Cf. *supra*, 22ss.

26. Rom 6, 3-8; Col 2, 11s.

hacia el Padre, el movimiento que le lleva hacia el Padre, es el movimiento, totalmente encarnado, del Verbo que va hacia el Padre, en la potencia eterna del Espíritu: «Se ofreció en un Espíritu eterno» (Heb 9, 14).

En esta muerte ilimitada, Cristo es todo acogida. Ya que el Espíritu en el que se entrega al Padre es fuerza divina de apertura y de comunión. Jesús es un ser universal en lo que tiene de más personal, en su morir hacia el Padre, Hijo de Dios por nosotros: realiza en sí toda muerte, *muere cada muerte en la suya*<sup>27</sup>. Así es como muere por todos, así es su salvador: dándoles morir en él y con él. «La muerte ha sido absorbida en la victoria» (1 Cor 15, 54), en la muerte victoriosa del Hijo que *está en Dios* (cf. Jn 1, 2.18).

Sólo le queda al hombre dejarse asir por esta muerte. Se le da la gracia de prepararse a ello en la tierra. Día a día el cristiano consiente a su bautismo que le ha hecho «morir con»: «La muerte de Jesús actúa en nosotros» (2 Cor 4, 12). El último bautismo en Cristo, llegará en el último encuentro, en el que podrá consentir plenamente, dejándose morir con él hacia el Padre.

«¡Dichosos los muertos que mueren en el Señor!» (Ap 14, 13). ¿Hay mayor dicha que comulgar con Cristo en una misma muerte? La dicha nace de la comunión con otro. No hay unión más íntima que este único morir en el que los dos son uno, en lo que tienen de más personal. El otro con el que el hombre entra en tal comunión es Jesús, el Hijo de Dios, engendrado en su muerte. El cielo empieza en este momento: «Hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lc 23, 43).

«La noche en que fue entregado» (1 Cor 11, 23), Jesús instituyó el sacramento del bien-morir. El Apóstol comenta así las palabras de la institución eucarística: «Cada vez que

27. P. Emmanuel, *La face humaine*, Paris 1965, 259: «...A la hora en que el hombre-Dios se encarga él solo de realizar toda la muerte, de morir cada muerte en la suya».

coméis de este pan y bebéis de este cáliz, anunciáis la muerte del Señor» (1 Cor 11, 26). Se anuncia también nuestra muerte. La eucaristía es el sacramento de la parusía de Jesús en el interior de la Iglesia, en vistas a la comunión con él, en su muerte y su resurrección. Es el viático que suministra el alimento para el camino. Además prefigura y anticipa el último encuentro de comunión con Cristo: se morirá de forma eucarística. La comunión eucarística es esta muerte ya vivida, a la que nos preparamos durante toda la vida.

Santa Teresa de Lisieux recibió el don de mirar el más allá con una agudeza extraordinaria. A sus hermanas que se preguntaban cuál podría ser la fiesta litúrgica más oportuna para su muerte, les respondió: «El día de mi muerte será para mí el más grande de todos los días de fiesta»<sup>28</sup>.

28. Carta citada, en *Derniers entretiens*, 731.